

Una tarde de otoño en Plasencia

¿Qué te duele, Plasencia, esta tarde?
Escuché tus quejidos cuando abrí mi ventana:
Santa Bárbara, triste y bruno.
En Santo Domingo la fuente no mana.

¡¡Me da miedo y pena, Plasencia, verte tan ceñuda!!

Se han quedado de pronto tus calles calladas.
Tan solo gorriones suenan en los cables.

En la esquina una vieja farola se apaga.
A tu fuerte muralla se la caen las piedras.

Un canónigo encorvado se ha metido en casa.

Revoletea una mosca negra por mi alcoba...

En San Nicolás doblan las campanas.

Monterrey se pone tieso. El cielo. Las nubes.

El aire estremece suave la acacia.

¡¡Pégame tus penas, ciudad mía!!

Díme, Plasencia, por qué lloras, qué te pasa...

¿Será que el impúdico octubre te entristece,
cuando te deja desnuda, deshojada?

¿Te has cansado, tal vez, de la vida?

¿Acaso, Plasencia, estás enamorada...?

FERNANDO FLORES DEL MANZANO

DESCUBRIMIENTO

DE LA

DESCUBRIDORA EXTREMADURA

por Pedro MASSA

El gran diario de Buenos Aires «LA PRENSA», publicó en su número extraordinario de 19 de Octubre de 1969, el siguiente artículo que juzgamos oportuno reproducir, por lo que interesa y honra a nuestra tierra. El artículo venía ilustrado con tres fotografías a gran tamaño representando otros tantos rincones típicos de Cáceres.



EDRO DE LORENZO, con el genio y el alma de su tierra —Extremadura— quemándole inextinguiblemente la entraña, ha escrito el libro *La Fantasía Heroica* con ese dolor, con esa sutil rabia íntima de ver que nadie antes que él consideró ese pedazo de España digno de un estudio serio, profundo, fervoroso.

Este hombre que conoce, acaso como nadie, esos dos pueblos del oeste peninsular —Cáceres y Badajoz—; que se metió por sus rincones más ocultos y admiró con ojos insaciables cuanto de hermoso y de feo tienen allí piedras, aguas, majadas, serranías y no hay que decir caseríos y palacios; ese hombre buscó luego en libros y papeles una interpretación rigurosa y honda del paisaje y del espíritu de Extremadura; buscó el «descubrimiento de una tierra precisamente descubridora», y al no encontrar ese ensayo denso y estremecido, esa página noble y rara, huidiza de todo lo consabido y trivial, primero se dolió como extremeño de ese olvido de su tierra por parte de los mejores —si exceptuamos un puñado de notas breves y como de pasada de Unamuno, Larra, Ciro Bayo, Baroja, Salaverría, Eugenio D'Ors, Noel, Laín Entralgo, Díaz-Plaja— y luego, con un empeño, con una tensión espiritual inaguantables sin el escape de una acción henchida tanto de corazón como de cerebro, se puso a la tarea